

La página viva De *Chest*, periodista de Dios

José de la Colina

Corpulento, el vientre subido hasta el pecho, el blanco o gris cabello despeinado por el viento, los bolsillos desbordados de papeles, la bigotuda y anteojuda cabezota inclinada hacia el libro o la libreta que sostiene en las manos como un cuenco de vino en el que bebiese, *Chest* intensamente lee sentado en la banca orillera de cualquier

parque londinense como en el centro del mundo (porque, como decía Jules Renard de su pueblito, el centro del mundo está en todas partes).

Chest es Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), es el periodista de Dios. Como sentía que el milagro alienta en la cotidianidad más vulgar y monótona, des-

cubría, greguerizando, que la coliflor es un mar vegetal y se maravillaba de la chiquilla pobre que llevaba en un destartado carrito a otra más pequeña y decía sin saber que ilustraba la teoría wildeana de que la naturaleza imita al arte: “Es que, como no tengo muñeca, mi hermanita *hace* de mi muñeca”.

Chest, gran cuentista, novelista, poeta, ensayista, fue también articulista de la diaria prensa inglesa. Cualquier asunto: el billete de tren considerado como una sucinta enciclopedia, o el debate sobre el vino o la cerveza, o la quimérica corte de Camelot, o la finalidad de la educación religiosa o laica, o la defensa de la intimidad del individuo frente al poder del Estado, o el dilema entre socialismo o distribucionismo (que venía siendo un “comunismo” chestertoniano), o su preferencia por la gente pelirroja, le servía para seducir a sus lectores, inquietarlos, meterlos al juego, convencerlos acaso.

Rara vez hubo un escritor tan cordial, tan capaz, eventualmente, de ser amigo de quienes combatían sus ideas o tan adversario de quienes las compartían. Se definía como “la minoría de una minoría”, un partido unipersonal. Podía tomar inesperadas posiciones políticas, y, siendo conse rvador y teóricamente retrógrado (Alfonso Reyes lo veía “vivir en una Edad Media convencional para poder censurar todo lo que pasaba en su siglo”), se solidarizaba con el hombre de la calle, del taller y de la taberna por un natural, no ideológico, sentir democrático que llegaba hasta a proponer la revolución: cuando las autoridades de la higiene pública dictaminaron rapar a las hijas de los pobres para evitarles la suciedad y los piojos, disparó un vibrante poema disfrazado de artículo: esta página intensamente viva, esta fogosa proclama, este poe-



“*Chest* intensamente lee sentado en la banca orillera de cualquier parque londinense”

ma en prosa que denunciaba la situación de los barrios miserables y llamaba a la desobediencia civil en defensa de la integridad capilar de las niñas pobres.

DE LA REVOLUCIÓN POR
LOS CABELLOS DE UNA NIÑA

Gilbert Keith Chesterton
Traducción de José de la Colina

Hace un tiempo, doctores y sociólogos promulgaron una ley según la cual todas las niñas debían llevar el cabello cortado al rape. Es decir, por supuesto, las niñas de familias pobres, pues las niñas ricas tienen no pocos hábitos insalubres, pero los doctores no se ocupan de combatirlos. Y el motivo de esta disposición era que, como los pobres se amontonan en habitaciones sucias, antihigiénicas, no debe permitírseles tener cabellos, porque éstos albergan los piojos. En consecuencia, los doctores proponen suprimir los cabellos. Parece que no han pensado en suprimir los piojos.

Cuando una tiranía crapulosa aplasta a los hombres en la miseria que les ensucia los cabellos, resulta fatigoso cortar las cabezas de los tiranos y es más fácil cortar los cabellos de los súbditos. Si ocurre que a los niños pobres les atormentan dolores de muelas, se les arrancarán todos los dientes. Y si

tienen narices indecentemente mucosas, se les amputarán las narices.

Pe ro hablo ahora del cabello de una niña. Aunque el mal puede residir en cualquier lugar, el orgullo que una madre siente por la hermosura de su hija es cosa buena. Es una de esas ternuras imperecederas que son las piedras de toque de todas las épocas y todas las razas. Desaparezca todo lo que se oponga a eso. Desaparezcan todos los caseros y los reglamentos contrarios a eso. Con la roja cabellera de una chiquilla de las calles pongamos fuego a toda la civilización moderna. Puesto que una niña debe tener el cabello largo, es necesario que lo tenga limpio. Para que tenga el cabello limpio, no debe vivir en una casa sucia. Y puesto que no debe vivir en una casa sucia, es necesario que su madre sea libre, no sometida a un casero usure ro. Y, como no debe tener un casero usure ro, hay que redistribuir la propiedad. Y para redistribuir la propiedad hagamos una revolución.

Esa chiquilla de cabellos de oro rojizo que acaba de pasar corriendo ante mis ojos no será mondana, no será humillada, no será rapada como un reo. No. Todos los reinos terrenales serán rehechos y cortados a su medida. Los vientos del mundo se detendrán ante ese cordero que no ha de ser trasquilado. Se romperán todas las coronas que no se ajusten a su cabeza y se destruirá



todo lo que no contribuya a su gloria. Su madre puede ordenarle que se recoja el cabello, porque es la autoridad natural, pero ni el Emperador del Planeta le ordenará cortárselo. Pues esa niña es la imagen sagrada de la humanidad. Y que todo alrededor de ella y el edificio social entero tiemblen y caigan, que las columnas de la sociedad se sacudan y las cúpulas de los siglos se vengán abajo, pero a esa niña no se le ha de cortar un solo cabello. U

